



EDICIÓN DIGITAL

El Rey de los Gigolós

José Miguel Vallejo



[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

Acerca de este libro

El Rey de los *Gigoló* es una comedia que no permite respiros al lector que busca entretenerse con una historia sorpresiva y muy sensual. Gira alrededor de las vicisitudes de un joven de ascendencia cubano-española que, intempestivamente, descubre que posee un atractivo irresistible ante el sexo femenino. Decidido a convertirse en el mejor de los *gigoló* de la alocada Nueva York de los años noventa, su historia salpica de risas al lector y le entrega, finalmente, el abrazo siempre bienvenido del amor verdadero.

Diego Almagro, su protagonista principal, caerá irremediabilmente en los enredos que arrastra a partir de su capacidad innata de seductor. Pero también deberá enfrentarse a los desaciertos cómicos de su bulliciosa familia y luego, a la seducción final que ejercita en él una mujer de características inesperadas, no sin antes ejercer hasta el último aliento la que considera su “profesión”.

Inevitables, los contenidos de alta sensualidad son parte de la vida diaria de este *latin lover* de fina estirpe que sabe cómo satisfacer al sexo opuesto, pero no cómo manejar su vida. Muchos querrán imitarlo y otros *gigoló* más afamados que él, terminarán idolatrándolo, pero ninguno alcanzará la perfección en las lides del romance. Aunque habrá también enemigos poderosos y divertidos. Algunos extraídos de la mafia, otros provenientes de los mundillos más disímiles. Tratarán de exterminarlo, es posible; pero habrá siempre alguna fémica dispuesta a socorrerlo.

Lo más claro es que no es un libro para permanecer serio, ni para resistirse a gozar llanamente de la intimidad de su relato. Ni siquiera para apartarse de su lectura por demasiado tiempo. Siempre es latente el riesgo, eminentemente agradable, de quedar atrapado entre sus letras.

Acerca del autor



José Miguel Vallejo nació el 31 de julio de 1954 en Santiago de Chile.

En 1996 jubiló de la Policía de Investigaciones de Chile, institución en la que fue jefe de la Brigada Antinarcóticos Metropolitana y profesor policial en la escuela para detectives y en la academia superior para jefes policiales.

En 1997 es candidato a Senador, independiente, por Santiago.

LIBROS PUBLICADOS:

“La Marité”, Editorial Universitaria, 1983, una edición.

“El secuestro que conmovió a Chile”, Editorial Universitaria, 1989, una edición.

“Conspiración Blanca”, editorial Mosquito, 1997, tres ediciones.

PROGRAMAS RADIALES:

“Bajo la lupa de Vallejo”, 1996, radio Nacional, Chile.

“La voz de los sin voz”, 1997, radio Nacional, Chile.

“Historias de la vida real”, 1998, radio Bio Bio, Chile.

En el 2005 dicta clases de “periodismo policial radial” en la Universidad de las Comunicaciones UNIACC, Santiago, Chile.

Publica entre 1984 y 1992 la página dominical “Bitácora Policial” en el diario “Las Últimas Noticias”, Chile.

En el 2012 es distinguido con un Accésit en el II Certamen Internacional basada en valores “Concha de Luz”, en Murcia, España, por su obra de teatro “Dos genios, un día...”, que fantasea filosóficamente acerca de un encuentro entre Shakespeare y Cervantes, fallecidos un mismo día, en antelala de la eternidad.

El mismo año obtiene el primer lugar en el concurso internacional de cuentos organizado por Mundo Literario de Limache, Chile, con su historia “El Poseído”. Poco después resulta finalista en concurso literario de Editnovel –editorial española–, con su novela “El Año del Sable”, ganándose

derecho a ser publicada en edición digital.

En el 2013 la editorial chilena Edición Digital lanza su novela “Conspiración Blanca”. Ya en la tercera semana de su lanzamiento al mundo hispano alcanza el noveno lugar en Amazon en el ranking general de libros y el primer lugar en la categoría de suspenso y misterio, mientras que en iTunes de Apple logra el décimo cuarto lugar en las preferencias.

Desde 1984 participa en paneles policiales en variados programas de televisión chilena comenzando en “Sábados Gigantes”, con “Don Francisco”, en Canal 13; “Venga Conmigo”, del mismo Canal; en emisiones matinales y de mediodía de distintas casas televisivas nacionales; cerrando en el 2011, luego de 11 años seguidos, su tradicional espacio policial en “Morandé con Compañía”, de Canal Mega. A partir del 2012 se integra al programa “Bienvenidos”, de Canal 13, con sus “Crónicas policiales” semanales.

CAPÍTULO I

Era una situación francamente ridícula. Pero de absurdos venía tratándose mi vida. Mi familia entera parecía haber nacido de vicisitudes ridículas y casuales.

Aunque no tenía para nada deseos de que me aconteciera algo fuera de lo común en aquel calurosa tarde de tedio veraniego neoyorquino. Simplemente me disponía a atravesar una de esas avenidas inquietas cercanas al *Central Park* y ninguna cosa me hacía presagiar que la luz de paso del semáforo me estaba abriendo la puerta a una parte peculiar de mi destino.

Ni siquiera me percaté del lujoso carro que se aproximaba y mucho menos me di cuenta, hasta el último momento, de cómo mi cuerpo de atleta saltaba por los aires como una pluma soplada por una energía siempre vigorosa del parachoques de un *Rolls*. Cuando regresé plenamente a los cinco sentidos, ya estaba siendo levantado en andas por aquellas dos rubias extrañas que no dejaban de parlotear.

Me acomodaron sin mucha dulzura en el amplio asiento posterior del espléndido vehículo y solo cuando me decirme “agua va”, se lanzaron nuevamente a la autopista como si acabaran de recoger los pedazos de un gato atropellado por casualidad en la calle. Esas cosas pasaban, al fin de cuentas, en el Nueva York de fines de los noventa, cuando la *Gran Manzana* se henchía salpicada de singulares aromas, como una torta a medio hornear.

De cualquier modo aquellas dos mujeres de no más de 30 años, parecían hechas del mismo *sin* fortuito que caracterizaba mi vida de latino veinteaño.

La flaca mandaba a la gorda y aunque no eran hermanas, definitivamente, les agradaba hacer creer que lo eran. Lo que me quedó en claro desde un principio, eso sí, además de que se trataba de dos adictas incorregibles a la verborrea, era que las unía una corrida interminable de negocios lucrativos de los que, incansablemente, no cesaban de hablar.

No se molestaron verdaderamente en saber de mi estado sino hasta el momento en que la más robusta estacionó el *Rolls* en el apartadero subterráneo de uno de esos fastuosos departamentos que bordean el barrio de *Broadway*, donde luego de revisarme de cuerpo entero como si yo fuese un perro faldero y viendo que no exhibía otra cosa que un natural atontamiento propio de las circunstancias y un par de magulladuras en alguna parte recóndita de mi espalda, me invitaron a subir con ellas por el ascensor al espléndido “rinconcito” que les servía de morada.

Se trataba de una *suite* enquistada en las alturas de un veintavo piso, desde el cual se podía extender la vista plácidamente por la barriada más pintoresca de *Manhattan*. Aunque lo más interesante que hallaba, sin lugar a dudas, en los amplios salones y particularmente en la colorida habitación destinada a los huéspedes donde las rubias me depositaron con delicadeza jocosa, invitándome a tenderme en una cómoda cama de agua rodeada de muebles y aparatos lujosos que mi corta vida en los suburbios del *Bronx* todavía no me permitían conocer.

— Así es que eres latino, *bomboncito* — medijo la gorda, lanzándome algunas palabras en un pésimo castellano, en medio del inglés.

— Déjame adivinar — intervino la flaca —; de origen cubano y de “pura cepa” española. ¿O no equivoco?

Habían viajado una docena de veces a la península ibérica y recorrido, además, una buena parte del Caribe y de Latinoamérica y eso las convertía en “expertas catadoras”, como ellas mismas alardeaban del aroma latino.

— Soy cubano, hijo de andaluces y miembro de la familia más larga de inmigrantes isleños avecindados en Nueva York a partir de los sesenta.

— Creí que todos vivían en Miami.

— No mi familia. Ellos sólo querían arrancar de Fidel para venirse a vivir a la *Gran Manzana*. Puedo decirles que se parece en mucho a una obsesión y yo soy el resultado de ella, porque amo esa ciudad más que cualquier cosa en el mundo.

No les mentía. Provenía verdaderamente de la familia de cubanos de ascendencia extremeña muy numerosa en la ciudad de la Estatua de la Libertad y probablemente, también, la más ruidosa entre el contexto latino disperso donde me había tocado en suerte crecer.

Dedicados a toda clase de menesteres, mis padres, mis tíos y el ejército de primos que me acompañaban desde los días en que saltaba del ganeo a las caminatas interminables por media ciudad, podía decirse que no existían rubros en los cuales los Almagro no hubieran incursionado en busca del ansiado vellocino de oro que solían perseguir los inmigrantes en el *país de las oportunidades*. Pero dichas las cosas como ocurrían, ni la prosperidad, ni mucho menos el vellocino o siquiera un ricitito de mismo parecía llegar a las manos de esta tribu de cubanos esforzados.

Quizás porque de tanto incursionar nunca se decidían por un trabajo estable o porque simplemente como decía mi tío Pedro, uno de los mayores, lo que más gustaba a los Almagro era “la aventura de buscar fortuna”, no de poseerla. En algo se asemejaban, aludía el mismo pariente, al legendario Diego de Almagro, el descubridor de Chile, del cual, cierto o no, los Almagro cubanos radicados en Nueva York aseguraban descender.

En honor al mismo aventurero español me habían puesto su nombre, aunque debo confesar que a menos cinco primos se llamaban como yo. De modo que, inconvenientemente a lo mejor, se respiraba una fuerte competencia entre nosotros para ver cuál de todos los Diego resultaría ser a la postre el más exitoso, no en el lejano Chile ciertamente, si no en la auspiciosa ciudad creada por los holandeses.

Auspiciando en parte aquella sed de triunfo que codiciábamos todos, no faltaban los que comenzaban en algunos barrios latinos a denominar a la generación nueva de los Almagro cubanos como la “generación de los Diego”. Pertenecer a esa estirpe me llenaba de orgullo, lo mismo que a mis primos que, aunque en ocasiones no disponían de un bocado para echarse a la boca, conocían desde hacía mucho el arte de saber disimular la pobreza.

Tal vez por eso era muy difícil encontrar a un Almagro, en especial los de mi edad, mal vestido que no aparentara, como nos encantaba, provenir del más caballeresco linaje español sin importar que el legendario descubridor de Chile hubiera surgido de las porquerizas más hediondas de una provincia extremeña, tal cual había ocurrido en realidad.

Para mí la clave de la buena estampa estaba sencillamente en saber lucir una llamativa *guayabera* que eso fue lo primero que llamó la atención de las rubias en aquel aposento de los dioses en *Manhattan*.

pretexto, según me dijeron, de inspeccionar los hematomas ocasionados por el atropello. Al fin y al cabo se trataba de una colorida camisa al más puro estilo caribeño y por lo menos esta vez tuvieron cuidado de arrancármela con delicadeza antes de seguir desnudándome a cuerpo entero.

Sin saberlo y a menos de una hora de haber sido levantado en los aires por el *Rolls*, las dos rubias parlanchinas me sometieron a un *atropello* mucho más brutal. No obstante, para ser sincero, estoy lejos de querer resistirme. Era un tipo de choque extravagante y voluptuoso que sólo un latino de *fin de cepa* como yo parecía dispuesto a tolerar y... ¡a disfrutar!

Después de todo, hasta ese instante de mi vida, los días de la adolescencia y de la temprana juventud me habían estado moldeando de una manera extraña, borrando de la noche a la mañana los rastros de la pubertad para convertirme en un varón erguido, bien compuesto y, aparentemente, nada mal parecido. Dicho con modestia, naturalmente.

Me negaba a creerlo, pero lo cierto es que cada vez que caminaba por las calles percibía la mirada arrulladora de alguna dama mayor que yo recorriéndome de arriba abajo como si yo fuese una especie de semental equino o algo por el estilo. Porque, por alguna razón curiosa, mi *sex-appeal* sólo parecía tocar a las mujeres que remontaban mi edad y de preferencia aquellas con tres o cuatro décadas en el cuerpo y mucho mayores también.

Las rubias no me lo ocultaron esa noche, luego de insistir en lo del arrullo “rehabilitador” sobre aquella cama acogedora. Antes de decidirse a intercambiar algunas palabras conmigo, eso sí, bailaron una detrás de la otra delante mío como danzarinas rusas.

La gorda era la más graciosa y también la menos pudorosa. Movía frente mío un encaje extraño mezcla de pollera de *ballet* y de *tanga* tropical que finalmente acabó por lanzar al aire, parecido como había hecho conmigo el *Rolls* que ella misma conducía en las cercanías del *Central Park*. Enseguida se abalanzó como un acordeón, contorneándose de una manera grotesca, semejante a una locomotora a juzgar por sus resoplidos feroces e interminables. La flaca, mientras, semidesnuda todavía, me sujetaba por el cuello, escondiendo parte de mi cabeza entre sus piernas, previniendo toda posibilidad de escape de mi parte.

¡Pero yo no deseaba escapar! Gocé aquella agotadora velada como un niño al que sueltan en medio de una fábrica de dulces y no me negué a hacer lo mío en el instante que creí más oportuno reponiéndome por arte de magia todas las veces que fue necesario hasta que el crepúsculo de la mañana sustituyó las luces rojas y amarillas de la atractiva habitación.

Entonces intempestivamente mis anfitrionas, siguiendo esa costumbre inmodificable de la sangre anglosajona, saltaron rumbo a los *toilettes*, para dirigirse aprisa a sus oficinas de prósperas empresarias. Antes de marcharse, sin embargo, me dejaron un jugoso cheque de varios ceros y una tarjeta con sus nombres, invitándome a repetir aquella loca aventura en la semana venidera.

Cuando salí de allí a la calle de nuevo, entendí que me acababa de convertir en un hombre adulto.

CAPÍTULO II

No era que yo hubiera buscado aquella madurez intempestiva, sino más bien que ésta se había cebado conmigo en un abrir y cerrar de ojos, como dándome a entender que de ahí en adelante no me daría descanso.

Siempre había detestado la idea de los *gigoló*. Me parecían a distancia o por lo que mostraba en el cine, casi una parodia triste de lo que podía ser un hombre codiciado. Pero pronto comprendí que a veces son las circunstancias las que hacen el oficio de un individuo y el mío, por natural cortesía de destino, parecía ser no únicamente convertirme en el *latin lover* más apetecido de medio *Manhattan*, sino también en una suerte de “rey de los *gigoló*” y eso, para un cubano de ascendencia andaluza era mucho decir si se consideraba que siempre aquel título había sido una condición *sine qua non* de los italianos.

Sin embargo, ya lo había dicho: mi vida y la de toda mi extensa familia, sempiternamente, parecían orillar las circunstancias más ridículas. De manera que una ridiculez nueva no me sonó extraña para comenzar los 20. Lo extraño fue ver el rostro de mis primos y de mis tíos cuando les hablé con decisión, dos días después del suceso de las rubias, exhibiéndoles como prenda de triunfo el abultado cheque.

— ¡Bah!, yo me gané 15 dólares a los 30 años en la Cuba de Batista, con tres gringas que me acosaron durante dos noches seguidas — chilló el tío Ignacio, refutado como uno de mis parientes más galanes entre los viejos estandartes.

— Y yo estuve una semana corrida con dos gemelas holandesas en Miami, sólo por gusto — acortó el primo Claudio, un poco mayor que yo, inflando el pecho como un pato de silabario.

Luego de eso ninguno dejó de cacarear. Habíamos alrededor de la mesa más de 40 Almagro y las damas, como de costumbre, conversaban aparte, sin darle importancia a las fanfarronerías de los varones. Un buen Almagro, al fin de cuentas, no era tal si no sabía fantasear a tiempo. Pero yo los conocía a todos y aunque no dudaba de sus cualidades donjuanescas, sabía sobradamente que estaban lejos de haber sido sobresalientes en aquellas lides que yo planeaba asumir con tanta seriedad a modo de oficio.

Me lo ratificó la mirada excitante de mi prima Alberta, de 32 años y la de la esposa de mi tío Abelardo, de 46, esa misma noche y más tarde los comentarios sutiles que me hizo al oído la amiga de mi hermana mayor invitándome a pasar una velada íntima con ella en un hotel de la Séptima Avenida. Eso fue suficiente. No ignoraba lo que quería hacer con mi vida en los próximos noventa años, si buena ventura y la salud me acompañaban, aún cuando no sabía todavía como aprender todo el estileto de los que me antecedían en aquella extraña ocupación tan propia del mundillo de Casanova. Así que me dispuse a buscar un “maestro” de verdad.

Me costó encontrarlo hasta que medio en serio, medio en broma, uno de los Diego me llevó a un

bar nocturno de la Quinta Avenida donde me presentó al *dios Paris*. Se trataba de un sujeto imponente de no más de 50 años, algo desgastado quizás, de silueta etrusca, descendiente de una antigua familia romana llegada a Nueva York a principios de los sesenta, como la mía.

— No hay ninguno mejor que yo en el arte de la seducción — me dijo, sin asomo de modestia, cuando mi primo lo puso al tanto de mis planes.

En realidad parecía exitoso sentado con su tenida impecablemente blanca en la barra del bar, a la vista de las muchachas que entraban y salían del recinto y que se detenían, algunas desvergonzadamente, a contemplarlo. Noté sin embargo, que le ocurría exactamente lo contrario de lo que me sucedía a mí: las que se cebaban con él eran mujeres de corta edad que bien pudieran haber pasado por hijas suyas.

— Esa es mi mayor desgracia — me explicó, recogiendo al vuelo mi pensamiento, hablándome como un *coño* español —; sólo me va bien con las “pollitas” y esas, desgraciadamente, rara vez andan forradas en dinero, ¿comprendes?

Entonces entendí que la suerte estaba conmigo y que, en este tipo de oficio el que podía enseñarle a él era yo y no a la inversa. Aunque comprendí también que la única enseñanza valedera era la que emanaba de una condición natural de conquistador y yo la tenía, lista para ser pulida en el molde formidable de la vida. ¡Sólo tenía que experimentar!

De algún modo el *dios Paris* intuyó esa superioridad natural y terminó por interesarse más él en mi destino que yo en el suyo.

— Permíteme acompañarte — me dijo, luego de compartir unas copas, haciendo un ademán de salir con nosotros a la calle —; ahí es donde se prueban los gallitos — añadió, aludiendo a la misma.

Pero la Quinta Avenida esa noche, por alguna razón inentendible, era una taza de leche, hasta que pasado una esquina nos topamos con un trío de señoras que emergía de un restaurante elegante. La que aguardaba una limosina y antes de subir una de ellas le murmuró algo al oído a las otras, dirigiendo sus miradas hacia nosotros.

Se detuvieron a propósito a esperar que nos aproximásemos. Entonces, la más guapa, una cuarentona de enormes ojos verdes y de voluptuosas formas que intentaba disimular debajo de un abrigo de *Ming*, sacando un cigarrillo me hizo un ademán. Yo, solícito, le extendí mi diestra con el encendedor.

Lo que siguió fue fruta servida. Terminamos los seis en un palacete del lado norte de *Manhattan* dándonos de abrazos, previo a perdernos cada uno por su lado, en pareja, en las cómodas habitaciones de la mansión. La dueña — la del cigarrillo —, una gerente exitosa de nombre Janet, antes de arrastrarme a la lascivia debió repeler enconada las indirectas que hacían sus compañeras para ganarme como si fuese yo una especie de trofeo en disputa. Finalmente, debieron conformarse con el *dios Paris* y con el sorprendido de mi primo que, ni tonto ni perezoso, aprovechó lo suyo increíblemente todavía de la suerte que invocaba mi compañía.

Al día siguiente, mientras desayunábamos en una marisquera, el *dios Paris* me dejó caer una saludable advertencia:

— En este oficio, muchacho, lo que vale es no codiciar lo que no puedes abarcar y lo codiciar aceptarlo con humildad.

No obstante, yo codiciaba lo in codiciable: ¡ser el mejor de todos! y algo me gritaba en mi interior que tenía “dedos para el piano”. De manera que a partir de aquel mismo día me inscribí en u

gimnasio de la calle 42, a la altura de la posición económica que comenzaba a saborear. Sabía que ~~esencial en aquel tipo de negocio estaba en mantenerse en forma.~~

Lo que ignoraba era lo riesgoso que podía ser exhibir lo que se tiene dentro de aquel mundillo mixto de los *físico culturistas*. Antes de dos semanas debí cambiarme a otro local concurrido sólo por hombres, para deshacerme del acoso desvergonzado de algunas gimnastas que comenzaban a verme como una langosta a la carta.

Tampoco fue una buena solución porque las ridiculeces estaban implícitas en cualquier lugar que pisaran mis pies y pronto noté que era víctima allí del acoso de los maricas disfrazados de músculos que se ejercitaban a mi lado. Frente a eso no me quedó más opción que comprarme un equipo de máquinas y pesas de todo tipo y las instalé en el cómodo apartamento que renté a pocas cuadras de *Madison*.

Dinero no faltaba y mucho menos la ocasión de incrementarlo. Lo único malo estaba, quizás, en que mientras más fácil llegaba a las manos mayores eran las dádivas que debía dar a mi numerosa familia, generalmente escasa de morlacos y siempre dispuesta a esquilar el vellocino de oro de un pariente más exitoso. El de turno, a no dudarlo, en ese momento era yo.

CAPÍTULO III

La cercanía del *Madison*, gradualmente, me hizo un adicto a sus funciones estrepitosas. Particularmente al boxeo femenino. Nunca creí que me convertiría en un entusiasta de aquellas intercambiadoras profesionales de puñetazos sino hasta que comencé a sentarme en primera fila donde terminé arrendando una cómoda butaca que me permitió presenciar a menos de un tiro de piedra las muecas furiosas de las contendoras.

Me gustaba en especial una pelirroja de origen sueco, de anchas caderas y de senos prominentes por el estoicismo peculiar con que recibía los golpes. En realidad, aparte de su hermosura vikinga casi animal, en el terreno de lo profesional a veces era más lo que recibía que lo que daba. ¡Pero hubiera sido más sencillo tumbar un poste de alumbrado público que a ella!

Quizás por eso su nariz se encontraba ligeramente achatada, aunque no perdía su singular belleza. Comencé a admirarla obscenamente, con una suerte de silencio raro, en medio de aquella orgía de chillidos y aplausos que rodeaba cada velada boxeril. Hasta que una noche, siguiendo la tónica de mis vicisitudes inimaginables, una morena mexicana lanzó por los aires a la nórdica haciéndola volar por arriba de las cuerdas del cuadrilátero. Comparé ese gancho descomunal involuntariamente, con la potencia del parachoques del *Rolls* de las rubias.

Lo más simpático, sin embargo, vino enseguida cuando la pelirroja empezó a caer desde las alturas y luego de dar un par de volteretas, posarse directamente sobre mis piernas. La butaca, algo enclenque, crujió como una muela rota y se desplomó conmigo y la muñeca vikinga, arrastrando de paso a tres espectadores más que contemplaban boquiabiertos la escena en los asientos aledaños.

¡Fue el acontecimiento de la noche! Lo supe por los estruendosos aplausos y los rugidos delirantes que festejaban el increíble suceso. Yo no perdí en ningún momento la conciencia de lo que estaba pasando, pero la pelirroja parecía un tanto atontada. Cuando recobró por fin sus sentidos tendida en mis brazos, me quedó mirando con unos ojos de cordero degollado encantadores color *agua turquesa*. ¡Se trataba de un flechazo fulminante!, para variar. De parte de ella, naturalmente, aunque, para ser sincero, también sentí moverse una tecla extraña dentro de mi corazón donjuanesco.

No era una *miss* Universo, ciertamente, pero sí el tipo de mujer que muy pocos hombres sobre la faz de la tierra se hubieran atrevido a rechazar. Así es que de alguna manera correspondí aquella mirada con más picardía que la habitual y casi involuntariamente saqué de uno de mis bolsillos una tarjeta de presentación que la sueca guardó celosamente entre medio de su sostén. Imaginé lo caliente que se podía estar allí, aprisionado por esos soberbios pechos de hembra nórdica.

Dos veces trastabilló por volverse a mirarme nada más, cuando retornaba arriba del *ring*. Desde allí me envió una última ojeada y enseguida, movida por una pólvora extraña que acababa de inundarla, arremetió como un toro contra su oponente sin detenerse, hasta que una boleadora fuera de serie envió a la lona a la infeliz mexicana. ¡Era como haber visto a Popeye después de una panzada de espinacas!

Hubiera querido felicitarla y abrazarla efusivamente, pero un centenar de personas lo hizo por mí arriba del *ring*, rodeándola con ese tipo de batahola que sigue a los boxeadores después de un triunfo estrepitoso. De manera que me retiré cabizbajo, conformándome con espiarla a distancia una vez más a medida que me alejaba por el pasillo central. ¡El *Madison* deliraba por ella!

Me acosté pasada la medianoche sonriéndome todavía por lo que acababa de ocurrir y ya no disponía a conciliar el sueño, cuando el llamado del teléfono me arrebató del abrazo de Morfeo. ¡Era la pelirroja invitándome a cenar!

Salté de la cama como un galgo y me vestí con lo primero que encontré a mano, sin olvidar instalarme un clavel en el ojal del vestón azul. Más abajo, los *blujines* de costumbre, haciendo juego con mis cabellos oscuros y desgredados. Me costaba entender por qué las mujeres encontraban atractivo a un raro esperpento como yo. Pero esa noche, mi preocupación era otra...

La sueca me aguardaba arriba de un Ford rojo descapotado de los sesenta. Vestía una falda corta de tela azabache que resaltaba sus muslos color nieve, robustos y maravillosamente bien contorneados. Una chaquetilla roja como su enorme carro y sus cabellos recién bañados, se abotonaba a medias sobre su formidable pecho, despertando el deleite de los transeúntes y de los conductores que pasaban a esa hora por el lugar.

¡Fabulosa hembra! Acostumbrado a tenerlas de distinta envergadura, no niego que experimenté por ésta desde un principio un tipo de atracción desusada. No hablaba mucho, para ser honesto y cuando hacía por lo general su vocabulario espartano no evidenciaba una gran cultura. Pero sabía lo que significaba ir directamente al grano y, lo que era mucho mejor, desconocía completamente la pronunciación de una mentira. Así es que decidí por mi parte también no ocultarle absolutamente nada..., incluso lo referente a mi promiscuo oficio.

— ¿Un *gigoló*? — repitió, con ritmo de pregunta. — ¿De esos que viven seduciendo mujeres?

— Eso mismo — le confirmé, sin saber todavía cuál sería su reacción final.

Pero ella prefirió guardar silencio en ese punto, quizás para no ofenderme. No por eso, sin embargo, dejó de entrever una expresión de desagrado. No obstante, yo le gustaba incondicionalmente, más allá de cualquier circunstancia y me veía a los ojos como a un plato de *paella*; o sea, algo delicioso. Por mi parte, deseaba más que nada en mundo no fallarle en sus expectativas.

Decidimos cenar precisamente esa noche uno de esos exquisitos guisados españoles que preparaba en la Novena Avenida un madrileño amigo de los años de la revolución civil, de nombre Francisco. En cuanto me vio llegar a su restaurante con la nórdica soltó un aplauso cariñoso, como hacen los ibéricos viejos para felicitar la belleza sobresaliente de una mujer.

Su *ceceo* castellano, salpicado en el inglés, parecía atravesarse en su lengua como si estuviera saboreando un puñado de la *paella* que nos ofrecía. Además, era como yo, un amante del boxeo femenino; de manera que reconoció de inmediato a mi compañera.

— ¡La *bomba roja*! — exclamó con un entusiasmo republicano.

Enseguida besó su mano, haciendo alarde de otra porfiada costumbre española. Tuve que carraspear fuerte para que apartara sus bigotitos de zorro de la diestra blanca y reluciente de mi amiga.

— ¡Ya quisiera estar en tus pantalones, hijo! — me susurró guiñándome un ojo, antes de perderse rumbo a la cocina.

Cuando regresó con la *paella* hirviente, ya nos hallábamos enfrascados ella y yo en un cotarro íntimo que no se atrevió a interrumpir. Comimos lentamente, mirándonos desde una y otra esquina d

corto taburete que nos separaba como dos contendores que se disponen a dar lo mejor de sí arriba de *ring*.

Hasta que la campana sonó por fin dos horas más tarde, en un cómodo hotel del mismo barrio que mi anfitriona me arrastró. Sabíamos que no saldríamos de allí bien parados... ¡La *bomba roja* es la fiera que yo imaginaba! Como los vikingos, antes de lanzarse encima de mí en la cama, golpeó ruidosamente su pecho en un rincón de la habitación mientras se desnudaba, emitiendo un fuerte alarido muy similar al que debió espantar — imaginé — a los romanos de Mario frente a las primeras hordas germanas.

Luego, haciendo honor a la ocasión y para demostrar lo mucho que le agradaba lo que veía de mí, se cortó con sus uñas un trozo de cabellera y me la esparció jadeante en una especie de rito que solo ella podía entender.

Después de eso no volvió a bajar de la cama toda la noche y, por supuesto, estuvo lejos de darme un minuto de respiro. Se conformaba, de vez en cuando, con retirarse unos instantes hasta una esquina del muelle rectángulo, como si se tratara de los intermedios reglamentarios de una pelea pactada hasta *knockout*. ¡Pero no hubo pérdida de conciencia! y mi orgullo isleño trajo a mi organismo toda la virilidad y la energía que necesitaba.

Cuando amaneció y llegó la hora de marcharnos, tuvimos tiempo suficiente para contemplar el descalabro. La cama, como un bote a punto de hundirse, cojeaba en dos de las esquinas y al medio de la madera, definitivamente, acababa de ceder a un boquete considerable. ¡No había podido resistirnos!

Pero valía la pena. La *bomba roja* dejó una propina abundante para compensar el daño. Luego me alargó con una sonrisa un fajo de billetes verdes, de esos que estaba acostumbrado a recibir de mis conquistas habituales. No obstante, esta vez, algo detuvo mi mano.

Aunque no hubo explicaciones de mi parte, ella entendió claramente lo que significaba.

— ¿Acaso no vives de eso? — me preguntó.

— Tú lo has dicho — repliqué, con una mirada de lobo domesticado —, pero lo de esta noche ha sido un regalo...

— ¿Para mí?

— No — le dije con sinceridad, disparándole un beso con la mano —, para mí.

No pude elegir mejor cumplido. Cuando nos despedimos en la puerta del edificio supe por su expresión de complacencia absoluta que todavía brillaba en su rostro, que había sabido evaluar en su justa medida mi gesto.

Caminando hacia mi apartamento, solitario, pensé más tarde en aquella rara actitud mía. Sentía en algún lugar de mi adolorido cuerpo que acababa de pasar a llevar una regla de oro del mundo de los *gigolós*. Pero no estaba arrepentido por eso ni experimentaba ninguna clase de remordimiento.

De cualquier modo aquellas reflexiones se desvanecieron abruptamente en cuanto distinguí en la entrada del edificio donde vivía, el *Rolls* de las rubias aguardando por mí...

CAPÍTULO IV

Ni siquiera se molestaron en preguntarme si deseaba acompañarlas, si estaba cansado, si tenía otro compromiso o algo semejante. Sencillamente, como ya era costumbre en ellas, me agarraron de las solapas y me jalaron hasta los asientos delanteros del espléndido carro donde quedé aprisionado entre las dos, igual que una golosina disputada por dos niñas hambrientas.

— ¿A dónde vamos? — inquirí, con una vocecilla de ultratumba.

— ¿Dónde más podría ocurrírseles, *bomboncito*, en un día sábado, sino al *reinado de los juegos*?

No se referían a su *suite* extravagante, ciertamente, y me quedó claro cuando las vi enfilarse hacia el aeropuerto. Faltando como siempre a los altos de los semáforos, la gorda alcanzó en pocos minutos una loca carrera la loza de los aviones privados en el terminal aéreo de los extramuros de la ciudad.

Observé como la *Gran Manzana* se desdibujaba abajo nuestro desde las ventanillas del fastuoso jet de tapices rosados perteneciente a las rubias, mientras nos alejábamos con la velocidad de un proyectil disparado a los cielos rumbo a la eterna perla del desierto: ¡Las Vegas, por supuesto!

Pero no era todo. La gorda y la flaca estaban deseosas de un adelanto en el *menú*, a cuenta de sus jugosos dólares naturalmente, así es que luego de echarle cerrojos a la pequeña puerta que nos separaba de la cabina del piloto y de su asistente, se dispusieron a desmenuzar la presa que habían elegido.

Se me pasó por la cabeza en un principio, debido a mi estado, oponer alguna resistencia, aunque terminé temiendo que aquellas dos mujeres, molestas, decidieran lanzarme por la escotilla de emergencia del avión. No obstante, lo que movió mi espíritu cavernícola de nuevo, no fue sino un llamamiento de orgullo instintivo que despertó en mí un leve comentario de la gorda al momento en que se arrancaba los sostenes.

— ¡Ahí vamos, cubano rico!

Era una expresión en el más puro castellano. Además, inconscientemente involucraba la condición que con mayor soltura se emparentaba con mi concepto medieval de la masculinidad: ¡representa bien a mi raza! De forma que, antes que silbara un grillo, ya me sentía dispuesto a responder a aquel llamado de la selva y lo hice con el mejor de mis mugidos isleños:

— ¡Aquí me tienen, pecadoras!

Justo a tiempo, porque ya las dos mujeres se abalanzaban encima mía como una bandada de halcones.

Nunca lo había hecho arriba de un avión en vuelo. Para ser sincero, de pronto la cómoda cabina rosada me pareció más estrecha e inestable que la cama crujiente del *ring* del hotel. Noté que juntos los tres constituíamos una rara ensalada de brazos, piernas y traseros monstruosamente amorfa. Tanto así que de súbito los movimientos, anormales por principio, comenzaron a parecerme doblemen-

extraños. Entonces estiré una mirada por una de las ventanillas, en medio de aquella trifulca amorosa y noté que el *jet* se bamboleaba sospechosamente. ¡Nos estábamos yendo en picada!

Me levanté desesperado y corrí por encima del vientre acuoso de la gorda y de la espalda huesuda de la flaca, hasta la puerta del piloto. La abrí violentamente, ¡en buena hora!, porque lo que allí ocurría no era muy distinto de lo que acabábamos de interrumpir.

Bastante más diminuta que la sala de viaje, la cabina de mando se asemejaba en esos instantes a un asfixiante baño de universitarios pícaros. Medio desnudos, el piloto y la aeromoza se debatían en una agitada refriega sexual. No hubiera tenido nada de malo, a mi juicio, encontrarme con aquellas piernas disparadas hacia los cuatro puntos cardinales por arriba de los tableros o estrellándose con las ventanas frontales, de no ser por la forma graciosa en que la nave, inequívocamente, se estaba desplomando.

Un instinto cubano de sobrevivencia, propio de mi pueblo, me lanzó encima del manubrio de vuelo por entremedio de los dos fogosos amantes. ¡Justo a tiempo! Lo supe cuando vi levantarse la punta del aparato de nuevo rumbo a las nubes, manoseado de paso por la jadeante aeromoza. Era una morena exuberante y el sombrero característico de su profesión parecía ser en ese momento el único atuendo que se hallaba en su sitio. Me miró sonriente, sin dejar de contornearse, volviendo todavía más ridícula la situación, mientras el piloto recobraba la compostura y retomaba el control del avión.

Cuando regresé a la sala rosada mis anfitrionas me esperaban doblemente excitadas, como aquella loca aventura hubiese multiplicado el zumbido de hormonas que brincaba en sus venas.

— ¡Bravo mi héroe! — me gritó la flaca, al tiempo que me arrastraba una vez más hasta el pilón alfombrado, desesperada.

— ¡Nos salvaste la vida, *bomboncito*! — chillaba la gorda, refregando sus grotescos pechos sacados de una caricatura pornográfica sobre mi nariz.

Cuando la orgía terminó, ya estábamos rodando por la loza del aeropuerto de Las Vegas. Afuera no esperaba otra limosina contratada por las rubias. En sus mullidos asientos, por fin, tuve la ocasión de descansar algunos minutos antes de alcanzar la entrada del hotel de la pirámide.

Lo más sorprendente, de cualquier modo, sobrevino cuando me topé con el rostro incrédulo del conductor del lujoso vehículo abriéndonos la puerta.

— ¡Tío Mario! — lo delaté —. ¿Tú por aquí? ¿No decías que estabas en un gran negocio en La Meca?

— ¡Carajo! , sobrino — chistó él, como un niño pillado en una actitud maldadosa, sin dejar por eso de agasajar a las rubias que descendían a mi lado.

— No me expliques nada, tío — lo tranquilicé, tratando de comprenderlo —; no lo contaré en casa.

— Pero, sobrino — intentó de nuevo —; al fin de cuentas estamos en “La Meca” de este maravilloso país y yo no lo hago mal... como dueño de limosinas.

— ¡Ah, claro! — le seguí la corriente, entendiendo que se trataba de otra mentira suya.

¡Así hacíamos en la familia! ¡Preferíamos morir antes que mostrarnos derrotados! Lo habíamos aprendido de los primeros Almagro avecindados en la isla desde principios de siglo. Yo respetaba esa manera de hacer las cosas de manera que me cuidé de no humillar a ese viejo zorro. El me guiñó un ojo en recompensa, mientras las rubias me jalaban hacia el interior del edificio, indiferentes a mi relación con él.

Nos esperaba una mesa servida a la manera de Lúculo, el general romano, en una *suite*. Frente

ella, finalmente, mis anfitrionas me soltaron. Yo me conformé con unas ostras, como de costumbre. La gorda en cambio, armada de una toalla que colgó de su cuello a manera de servilleta, decidió hacer honor a su placer predilecto... después de mi persona, por cierto.

Se trataba, a no dudarlo, de otro espectáculo sin precedentes. La robusta hembra engullía con ruidosidad de cinco pavos y masticaba con las ansias de dos hienas. Vi desfilar una serie interminable de platos delante de ella, mientras la flaca en una esquina dejaba a la vista que su especialidad estaba en beber. Ella misma optó por prepararse en el bar contiguo un conjunto de tragos multicolores que comenzaron a extinguirse a través de las bombillas que utilizaba para sorber. De algún modo o por alguna razón que no lograba explicarme, nunca parecía perder el control. Eso sí, continuamente solía ir al baño, donde vaciaba su vejiga con la capacidad de una gaita. ¡Aún así no entendía cómo una mujer tan delgaducha podía tragar tanto líquido!

Lo mejor, no obstante, vino después de aquella fiesta de gula y sorbetes, cuando mis anfitrionas se desplomaron aparentemente satisfechas sobre la única cama — ¡de tres plazas! — de la apabullante habitación. Yo aproveché de tenderme como un perro faldero en un sillón propincuo, luego de eructar con los últimos moluscos que alcancé a engullir.

¡Fue un sueño reparador y gentil! Desperté, sin embargo, antes de una hora sacudido por las manos nada amorosas de mi tío Mario, el conductor de limosinas.

— ¡Ssshhh! — susurró, poniendo uno de sus índices sobre mis labios. Aunque no tenía caso, porque las rubias ronroneaban como gatas —, quiero hablar contigo — añadió, sentándose silenciosamente a mi lado.

Parecía verdaderamente afligido.

— ¿Te ocurre algo grave, tío?

— Nada que no puedas solucionar tú, querido sobrino.

Enseguida entró a suplicarme:

— ¡Tienes que sacarme de aquí en ese avión en que llegaste!

— En el de mis amigas; ¿por qué?

— Porque no puedo partir en un vuelo regular, ni arriba de un bus. Lo sabrían antes de embarcarme...

— ¿Quiénes?

— ¡Los venezolanos!

— ¿A quiénes te refieres?

— A los hermanos Ampuero; son los que manejan la parte sucia de los juegos en este distrito de la ciudad.

— ¿Hablas de la mafia?

— ¡Por fin entiendes, cabeza dura!

— Creí que la mafia era cosa de los sicilianos.

— No en Las Vegas. Aquí los hijos de la patria de Bolívar se reparten hace mucho tiempo el territorio.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque he estado en el *negocio* con ellos.

Fue el comienzo de una conversación más larga. De cualquier modo, había un punto que me intrigaba por sobre todas las demás cosas. Así es que, antes de seguir adelante, inquirí sin tapujos:

— ¿Y de los cubanos, qué?

— Nada. Tenemos muchos defectos, como todo el mundo, pero a los isleños no nos gusta desgastarnos en este tipo de aventuras.

No comprendía muy bien que trataba de decirme con eso. Aún así, saltaba a la vista que sabía de qué hablaba. De cualquier forma, el asunto en general no me parecía gracioso y me costaba imaginarme al pobre tío Mario metido hasta el cuello con la mafia venezolana que operaba en la ciudad de los juegos. ¿Cómo podía haberle ocurrido eso?

— No ha sido intencional, de mi parte — intentó explicarme lo mejor posible —. Empezaron por contratarme a menudo para que los trasladara en la limosina que conduzco y luego fueron agarrando confianza y se largaron a hablar delante mío de cualquier cosa...

— ¿De sus *negocios* turbios, quieres decir?

— Así es. Nunca me preguntaron si deseaba o no saber de sus cochinos asuntos y de a poco me convirtieron en su chofer *de confianza*. Un día en que les dije que no quería seguir escuchándolos, uno de ellos me puso una pistola en la cabeza y me advirtió que no tenía otra opción y que además, no estaba prohibido abandonar Las Vegas. Es decir, me transformaron en un prisionero; ¿entiendes?

— Me imagino que te pagan bien por eso.

— ¡Pamplinas! Los hermanos Ampuero son famosos también por su tacañería. De otro modo habrían contratado a su propio conductor de limosinas, pero yo soy parte de un servicio obligatorio. Ellos piden la limosina a mi jefe y yo debo estar incluido; ¡así de simple!

— ¡Ridículo!

No podía ser de otro modo, al fin de cuentas, hallándose de por medio un familiar mío. Sin embargo, estaba claro que debía ayudarlo antes que explotara el barril de pólvora en el que estaba sentado. Su comentario final me lo confirmó:

— El chofer de limosinas que los atendió antes que yo aparecí muerto en un basural, luego de prestar involuntariamente oído a sus secretos durante un año..., justo después que empezaran a prescindir de sus servicios, que es lo que están haciendo conmigo en estos días.

— No sigas — lo interrumpí —; ya veré que puedo hacer por ti.

— ¡Gracias, sobrino! ¡Sabía que podía contar contigo!

Conmigo sí, pensé. Lo difícil iba a ser involucrar a las dueñas del *jet* en este cuento. Pero en ese momento no deseaba quebrarme la cabeza con complicaciones.

Después de otra opípara comilona en la que, como de costumbre la que más engulló fue la gorda y donde la flaca se lo tomó todo de nuevo, descontando una última siestecita, por fin la noche llegó. Entonces las rubias, parecido a como hacen los vampiros que reviven cuando se esconde el sol, decidieron a llevarme a recorrer los casinos de la ciudad.

Afuera nos aguardaba la limosina, con mi tío, listos para aventarnos en un loco *tours* por aquel paraíso de los juegos. Nos detuvimos finalmente en uno de los salones más importantes y concurridos del distrito y tuve la ocasión de probar mi suerte en aquellas lides de la incertidumbre. Afortunadamente mis anfitrionas estaban dispuestas a darme en el gusto en lo que les pidiera y no escasearon los dólares a la hora de tirar los dados.

En eso estaba cuando noté que dos hombres de estilo gitano se abrían paso hasta la mesa de ruleta.

— Son los hermanos Ampuero — me dijo al oído el captador de apuestas.

Desde un principio aquello no me pareció una simple casualidad. De alguna manera la magia de los vientos había alertado a los matones venezolanos de la conversación privada con mi pariente. La mirada sentenciadora que me extendieron a través de la concurrida mesa me lo dijo todo. Uno de ellos, el más moreno, sacando de un bolsillo un raro picadillo de metal, se escarbó los dientes sugestivamente para hacerme entender que debía tomarlos en serio.

Pude sentir, imaginariamente, el filoso metal abriéndose camino en mi garganta. Las rubias andaban lejos de advertir la angustia que me poseía. Para colmo de males la suerte de los dados definitivamente, no corría en mi favor y sólo me retenía en ese lugar más tiempo del necesario.

Eso y mi indiferencia, visiblemente, terminaron por aumentar el enojo de los dos matones. Uno de ellos puso una de sus grotescas manos sobre la mesa y mágicamente los jugadores comenzaron a desaparecer. Solamente quedamos allí mirándonos las caras uno de los empleados, las rubias, los venezolanos y el plato de la boda..., ¡yo!

— Veo que ésta no es su noche *chévere*, jovencito — me dijo en castellano el más bajo.

— Así parece — le respondí en el mismo idioma, sin alzar la vista de las fichas.

— Entonces, aproveche lo que le queda de ella — contraatacó el mafioso, agregando siniestramente: — Ya sabe, la salud y la *platita* son cosas inestables en la vida...

Las rubias, demasiados zonzas para entender lo que estaba pasando, tomaron aquella conversación como un gesto de amistad entre hispanoamericanos. Entonces, como un *giro sintornillos*, se prendió súbitamente una idea genial dentro de mi cabeza.

La puse en marcha de inmediato, susurrándole al oído a la gorda primero y luego a la flaca:

— Esos dos se acaban de enamorar perdidamente de ustedes y se han puesto celosos conmigo. ¿entienden?

Sabía de antemano cual iba a ser la reacción de ambas. Mal que mal, no conocían lo que despertaba en los hombres un interés más profundo que no fuera el que atraían sus faltriqueras femeninas. Así es que, de algún rinconcito de sus mullidos cerebros pareció aflorar instantáneamente la respuesta. Lo supe por el matiz colorado que delatoramente se pintó en sus rostros de hembras queridas.

Algo les decía que un *gigoló* como yo estaban a la mano de conseguirlo, al fin de cuentas, cada vez que lo desearan con solo soltar un fajo de billetes verdes, pero dos sujetos como esos, fornidos aparentemente saludables, prendados desinteresadamente en ellas, era un asunto que no podían dar el lujo de dejar pasar.

— Espéranos afuera, *bebé* — me ordenó discretamente la flaca que siempre tomaba las decisiones finales, mientras se arreglaban el cabello y se pasaban una *manito de gato* por sus caritas encendidas. Los venezolanos las contemplaban sin entender.

Apenas hice un primer ademán para salir ellos intentaron hacer lo mismo detrás mío, pero las rubias ya se interponían en su camino. Descaradas por naturaleza, la flaca no tuvo reparos en pegarse como un pulpo en celos al más alto, mientras la gorda hacía otro tanto con el bajo.

¡Los mafiosos no podían creerlo! Aunque trataron de salvar el escollo con discreción, en vista de la consideración del gentío que se arremolinaba más allá de la mesa y sobre todo de la curiosidad de los

empleados del casino que seguían la escena a poca distancia, pronto entendieron que no podían arremeter a cornada limpia contra las dos acosadoras de último minuto.

— Ya lo sabemos todo — le decía la gorda al bajito, aumentando la incertidumbre de los hermanos.

Afuera aguardaba tío Mario con la limosina. No necesitó que le explicara demasiadas cosas para echar a andar el motor y escapar de allí como alma que lleva el diablo, directo al aeropuerto. En el trayecto telefoneé al piloto del *jet* que, hospedado en un hotel cercano a la pista de vuelo, nos esperaba poco después obedientemente junto a la aeromoza desgreñada, arriba de la cabina del aparato.

— ¿Y mis patronas? — me preguntó él, mirándonos con alguna extrañeza.

— Partieron a mediodía en un vuelo regular a Nueva York.

— Ya veo — comentó, creyendo a pie juntillas lo que le decía —; de manera que nos ha dejado aquí para llevarlo a usted.

No era el tipo de empleado que se atreviera a poner en duda lo que cualquier otro en su lugar probablemente, hubiera dudado viniendo de un huésped de mi calaña. Debía pensar que yo era un especie de niño mimado de sus jefas o algo así. ¡Ya había visto una muestra de mi ascendencia con ellas arriba de la nave, al fin y al cabo!

— Eso es — le corroboré — y aquí estoy, dispuesto a regresar a la *Gran Manzana* con mi nuevo amigo. ¡Ya nos cansamos de Las Vegas!

La aeromoza me contempló con visible desencanto. Un comentario como ese le bajaba el apetito sexual a cualquier mujer saludable. Después de todo, su loca conducta en la cabina en el primer viaje le había surgido frente a la desesperación de ver mis travesuras a través del *ojo de buey* de la puerta cuando las rubias me “destripaban” como a un pollo en aquella desquiciada orgía de placer.

Ahora me espiaba con un disimulado desprecio. Pero el objetivo estaba cumplido. En cortos segundos la nave se elevó hacia los cielos y la iluminada ciudad del desierto quedó abajo como una estampilla brillante, tendida a la distancia, igual que una ramera siempre insatisfecha.

Tío Mario suspiraba como si lo acabaran de resucitar, semejante a un jilguero recién arrancado de las fauces de un gato. Sin embargo, lo más pintoresco sobrevino en el último tramo del vuelo, cuando escuchamos la radio de la cabina con los chillidos espantosos de las rubias tapizando de groserías los oídos de la incauta pareja de empleados. Por un instante pensé que el piloto abandonaría nuevamente los controles para abalanzarse encima mío furioso. Afortunadamente la morena lo contuvo, a duras penas y permitieron rabiosamente que descendiésemos en la loza de Nueva York.

— Si hubiera contado con suficiente combustible para dar media vuelta, los habría retornado a las manos cariñosas de mis patronas — nos dijo sutilmente el piloto cuando ya rodábamos por el cemento, añadiendo no sin cierta picardía —; pero ya tendrán lo suyo cuando regresen las señoras...

¡No quería imaginarlo! De dos hembras como aquellas podía esperar cualquier cosa. Sin embargo, algo me decía que no había faltado al principio más arraigado de un cubano bien nacido: ¡tenderle la mano a un pariente afligido, aún a costa de lo peor! Porque ni siquiera estaba seguro si los problemas acababan de terminarse con el tío Mario.

De hecho, no pude desembarazarme de él. Temblaba todavía como un chiquillo con paludismo apelando a sus mejores súplicas terminé por aceptar el tener que llevarlo hasta mi apartamento.

— Sólo será por un par de días — me señaló, con ese tonito de ternero mamón que ya comenzaba a aborrecer.

CAPÍTULO V

Estaba claro que mis aflicciones, ridículas también, como todo en mi vida, empezaban recién a florar. Muy temprano nos despertó un estruendoso golpeteo en la puerta del apartamento.

Tío Mario saltó de mi cama, donde descansaba plácidamente, con ojos de lechuza asustada. Yo hice algo parecido desde el sillón del *living* donde mis piernas de cualquier modo comenzaban a petrificarse. Con dificultad alcancé a echarme encima una bata antes de que la hoja de madera principiara a crujir, acusando que se hallaba a punto de ceder. Cuando la abrí esquivé a tiempo un puñetazo que se me venía encima. ¡Era la gorda que entraba como una tromba!

Corrimos por unos minutos alrededor de la mesa principal del salón hasta que, finalmente, terminamos por agotarse. Pero no logré percatarme de la presencia de la flaca sino cuando ya la tenía pegada a uno de mis velludas pantorrillas y me hundía sus dientes inmisericordemente. ¡Un perro *bulldog* no hubiera hecho mejor! Sólo accedió a soltarme en el instante en que vio que la sangre embadurnaba su blanco rostro.

— ¡Cretino!

— ¡Mal parido! — me gritaba cada una a su tiempo y otras menudencias que no vale la pena repetir.

Después de una larga ensalada de insultos, por fin decidieron calmarse. Entonces se sentaron en el sillón donde hasta hacía poco había estado intentando conciliar el sueño.

Cuando volteé hacia el dormitorio descubrí que mi tío se había esfumado; aunque alcancé a distinguir un trozo de una de sus manos sobresaliendo desde abajo de la cama. Preferí dejarlo así escondido, pensando en lo que podrían haberle hecho ese par de mujeres histéricas.

Pero la adrenalina de las rubias hervía por mi culpa y era contra mí que deseaban descargar su rabia infinita. Debí utilizar mis argucias a prueba de rechazo para tranquilizarlas. Imaginé a mi pariente con la cara aplastada abajo de la cama, donde arrastré cariñosamente al dúo femenino, lanzándolas sobre ella al estilo Rodolfo Valentino. La gorda rebotó con un *retintín* que me sonó a hueso roto familiar. Parecía que las cosas iban a solucionarse, como de costumbre, por la vía más tradicional.

¡En vano!, porque después de tanta agitación no hallaron nada mejor que largarse a llorar. ¡Parecían dos Magdalenas de circo barato! Mojaron los tres pañuelos y la toalla que les fui pasando. Luego de eso, la flaca me preguntó en un tono más sereno:

— Dinos al menos, ¿por qué lo hiciste? ¿Querías burlarte de nosotras?

Desafortunadamente carecía de explicaciones *razonables*. Así es que una vez más terminé recurriendo a la mentira.

— Sinceramente creí que esos venezolanos se habían prendado de ustedes y preferí, ¡con el dolor de mi alma!, dejarlas libres de mi presencia en Las Vegas...

— Y huir en nuestro avión — completó la gorda.

— Me hallaba desconsolado. Difícilmente hubiera podido resistir el espectáculo de ver cómo ustedes me cambiaban por ellos...

— De cualquier modo los venezolanos estaban más interesados en saber de ti que de nosotras — comentó la flaca, con innegable malicia, evidenciando que no creía un pelo de aquella explicación absurda —. Así es que les contamos donde vivías. ¿Por qué querrían ellos volver a verte?

— ¿Verme a mí? — tartamudeé, suponiendo que tío Mario escuchaba perfectamente desde abajo de la cama —. Seguramente para proponerme algún negocio.

— Probablemente — concluyó la gorda, con la desinteligencia de una mula — o quizás no eran tantos machos como se veían y se prendaron de ti. ¡Después de todo, eres capaz de tentar al diablo con un bomboncito!

— Probablemente — repetí, escondiendo lo mejor que podía la repugnancia que me causaba semejante comentario, anhelando dar por acabado el asunto.

Finalmente las rubias se marcharon. Algo me decía que no las volvería a ver. Estaban demasiado enojadas conmigo y seguramente no descartaban la idea de que yo fuese una suerte de bisexual. Es definitivamente, me hacía perder todo encanto delante de ellas.

Pero yo tenía a partir de allí problemas mucho mayores de qué preocuparme. Que los Ampuero llegaran en busca de mi tío y mía era apenas cosa de horas, si es que no se hallaban ya en la ciudad camino al apartamento.

Apenas la puerta se cerró tío Mario emergió dando chillidos desde su escondite, todavía con las señas del aplastamiento de la cama en su rostro histérico. Gritaba tanto como las rubias, de manera que preferí cortar por lo sano y lo detuve en mitad del salón con un aplauso sonoro en una de sus mejillas. Después de eso se puso a sollozar, siguiendo involuntariamente la rutina de las que siempre acababan de ir.

— ¡Es que no sabes de lo que son capaces esos tipos! — exclamó, añadiendo: — Te pueden colgar de las bolas desde arriba del techo y degollarte como a un cordero. Alguien me dijo que en Maracaibo se encargaban en un espectáculo de circo de partir en trozos a las anacondas que les traían de la selva.

Tragué saliva con solo imaginarme la escena. Pensé entonces en pedir ayuda a otros parientes, pero mi miedoso huésped no estuvo de acuerdo:

— ¿Qué les voy a explicar? Después de haberles dicho que era un exitoso dueño de limosinas en Lima y La Meca, ¿me tomarán en serio?

En eso tenía razón. Ni siquiera yo estaba seguro todavía de tomarme en serio aquel empalagoso asunto.

De pronto nos interrumpió el *rin rin* del teléfono. Lo levanté con franco recelo hasta que escuché del otro lado de la línea la voz que más anhelaba escuchar.

— Soy Dina, tu *bomba roja*. Te he llamado insistentemente. ¿Dónde estabas?

— Pues..., en Las Vegas — decidí confesarle.

— ¡Ah, bueno! — comentó ella simplemente, habituada a mi diálogo sincero — Pero ya estás desocupado, ¿no?

— Podría decir que sí, a excepción de un pequeño problemita...

— ¿Un problemita? ¡Cuenta conmigo, entonces, para socorrerte!

De súbito aquella voz y aquella disposición honesta, me sonaron en alguna parte estúpida de mi cabeza a tabla de salvación. No entendí como terminé aceptando su ayuda y metiéndola a ella, a una mujer que más adoraba sobre la faz de la tierra, en semejante enredo. Como fuera, ya el paso estaba dado y apenas colgado el auricular intuí que venía en camino.

Pasado 20 minutos estaba golpeando la puerta del apartamento. Le presenté al tío Mario y la senté a mi lado para explicarle lo mejor que podía el lío en que nos hallábamos.

— ¿Eso es todo? — inquirió ella al final, con su modo nórdico de simplificar las cosas, agregando sin ningún asomo de duda: — Está claro entonces que lo que necesitan ambos es una comitiva de *guardaespaldas*.

— ¿*Guardaespaldas*? — repitió incrédulo mi tío.

— Es mejor que no preguntes — le murmuré al oído. El pareció entender.

De cualquier forma, en toda la maldita ciudad no existía otra persona, a excepción quizás del resto de mi familia, dispuesta a tendernos una mano. Ella, en cambio, se hallaba decidida a enfrentarse con un ejército de mafiosos, de ser necesario, para protegerme.

— Está bien — acepté —, pero, ¿estás segura que podrás con esto tú sola?

— Dije *guardaespaldas* — me corrigió con su sintetismo lacónico de siempre, antes de retirarse resuelta. Desde la puerta me ordenó: — No salgan de aquí por ningún motivo ni le abran a nadie hasta que yo regrese, ¿entendido?

— ¡Entendido! — respondimos a coro.

Nos quedamos en silencio mirándonos las caras, sin comprender lo que planeaba hacer. Si hubiéramos obedecido su instrucción final sin inconveniente, pero no pasaron 10 minutos antes de que el teléfono sonara de nuevo. Esta vez era una voz ronca, inconfundible, advirtiéndome desde el otro lado de la línea:

— Tienen tres minutos para escapar. Hemos pegado una bomba a la puerta de tu apartamento.

No lo pensé dos veces.

— ¡Corre, tío! ¡Esto va a reventar en unos segundos!

Dicho y hecho. Alcanzamos a ver el gelatinoso aparato adherido a la hoja de madera antes de pisar las escaleras de la bajada de emergencia. Apenas habíamos descendido cuatro pisos cuando escuchamos el estallido. El edificio se tambaleó como una caña de bambú.

Fuimos los primeros residentes en llegar a la calle. Pero allí nos aguardaban los dos venezolanos con un Chevrolet negro con vidrios oscurecidos y una de sus puertas abierta.

— Adelante, caballeros — nos dijo el más bajo, invitándonos a entrar, mientras dejaba entrever la empuñadura de su pistola sobresaliendo de su cintura.

No necesitamos más para acceder. Una vez arriba, el automóvil partió como un petardo. El robusto conducía. Su hermano nos apuntaba con un negro cañón desde el asiento delantero.

— Daremos un paseíto — nos indicó, al más puro estilo gansteril.

— Verá usted — intervine yo, intentando arreglar las cosas —, mi tío y yo somos una tumba cuando se trata de guardar secretos.

De inmediato me di cuenta de la metida de pata.

— ¿Ah sí? ¿Y cómo es que sabes tú de esos secretos? ¡Por el bocón de tu tío! ¿Pensabas contárselo al resto de tu familia?

— ¡Cómo se le ocurre! — protesté, sintiendo en ese momento que nuevamente se prendía dentro de mi cerebro esa luz de ampolleta trasnochada que caracterizaba mis más demenciales ideas — Aunque, pensándolo bien, debemos confesarle algo...

— ¿Confesarnos algo? ¿De qué se trata? — gruñó el robusto, espíándonos por el espejo retrovisor.

— Pues..., que ya se lo hemos contado todo a mi primo Julio.

— ¿Primo Julio? ¿Quién es ese? ¿Dónde podemos hallarlo?

— ¡Al diablo! Tendremos que decirle... — balbuceé, fingiendo estar entregado, mientras le daba un codazo disimulado a mi tío.

— Sí, por supuesto — ayudó él, siguiéndome la corriente —. ¡Qué otra cosa podemos hacer!

— Bueno..., lo podemos encontrar en el gimnasio del *Madison*. Julio se dedica a las apuestas de los boxeadores. No estamos muy lejos de allí.

— ¿Un cubano en las apuestas de boxeadores en Nueva York? Creí que eso era territorio de los portorriqueños y de los panameños.

— Es que Julio ha sido siempre un apostador solitario. No pertenece a ningún *gremio*, ¿entiende?

— Eso está mejor. Será más fácil sacarlo de allí. Pero recuerda..., no podrás escaparte de nosotros con cualquier movida falsa que hagas te la premiaremos con un tiro en la cabeza. ¿Te queda claro?

— ¡Muy claro! — contestamos nuevamente a dúo con mi tío.

El gimnasio parecía reventar de gente esa mañana. Había de todo y también, como esperaba, de los boxeadores de ambos sexos. Un tipo de barba dirigía a dos chicas desde un costado de uno de los cuadriláteros de entrenamiento.

— Ese es un amigo de Julio. Déjenme ir allá y preguntarle por él.

Los venezolanos accedieron de malas ganas. Debieron observar desconfiados cuando me acerqué al sujeto y le dije algo, simulando que lo conocía. En un principio el de la barba me quedó mirando consternado luego de escucharme. Enseguida me hizo un gesto, obedeciendo a mis ojos suplicantes mientras asentía con la cabeza y me hacía saber que comprendía. Le di unas palmadas en la espalda en el momento de despedirme de él, aparentando familiaridad.

— Lo siento — les expliqué poco después a los Ampuero —, me dice que esta mañana Julio no viene por acá, pero que podemos encontrarlo en el hipódromo, en la sección de apuestas.

— ¡Cómo! ¿También apuesta a los caballos?

— Por supuesto. Ya les dije que se trataba de un solitario extravagante.

No les mentía esta vez. Mi primo Julio era un adicto a las apuestas del hipódromo. En realidad se pasaba el día entero subiendo y bajando desde la banca de las apuestas a las gradas de los espectadores y viceversa. Rara vez ganaba una carrera y compartía su mala suerte con un puñado de hispanos que seguían sus pasos en el mismo lugar.

Mi jugada, de cualquier manera, era desesperada. ¡Ya no me importaba involucrar a mi familia!

- **[click Correr o Morir](#)**
- [Blackjack Blueprint: How to Play Like a Pro â€¦ Part-Time \(Revised and Expanded\) here](#)
- [Race Rebels: Culture, Politics, and the Black Working Class pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [read online Loving Him without Losing You: How to Stop Disappearing and Start Being Yourself here](#)
- **[Every Single Minute here](#)**

- <http://conexdx.com/library/Duties-of-People-Towards-the-Imam--as-.pdf>
- <http://test.markblaustein.com/library/Fatal-System-Error--The-Hunt-for-the-New-Crime-Lords-Who-Are-Bringing-Down-the-Internet.pdf>
- <http://rodrigocaporal.com/library/Race-Rebels--Culture--Politics--and-the-Black-Working-Class.pdf>
- <http://jaythebody.com/freebooks/We-Were-Feminists-Once--From-Riot-Grrrl-to-CoverGirl---the-Buying-and-Selling-of-a-Political-Movement.pdf>
- <http://pittiger.com/lib/In-Maremma--Life-and-a-House-in-Southern-Tuscany.pdf>